

El descubrimiento del cuerpo recibido: la vocación al amor

Ondina Vélez y Pablo Gutiérrez

Introducción

El significado del cuerpo

- A. Las experiencias originarias
- B. Significado filial del cuerpo
- C. Significado esponsal del cuerpo
- D. Significado procreador del cuerpo
- E. ¿Es posible la vuelta al significado originario?
- F. El matrimonio cristiano
- G. Fecundidad y anticoncepción

Conclusión



Introducción

La búsqueda de un cuerpo humano bello y pleno no es patrimonio de ninguna época histórica concreta; lo es de todas. Quizá una de las notas más características de la nuestra sean las posibilidades, para amplísimas capas de la población, de prolongar o alargar la plenitud y la belleza del cuerpo físico: alimentación sana y equilibrada, gimnasios, dietas, cremas, tintes de pelo, depilación láser... Cuidar el cuerpo es una de las máximas y de los valores al alza de cualquier sociedad occidental. Esto, que en sí mismo es un aspecto positivo, no deja de albergar numerosas contradicciones internas y a veces, graves disfunciones. Vivimos el cuerpo con la mirada puesta hacia atrás, o más exactamente, como afirma Tony Anatrella, “el individuo se valora a través de un cuerpo que no es el suyo”¹. Se busca constantemente mantener la imagen y el vigor de un cuerpo que ya no se posee.

El cuerpo no es solo el “lugar” que habitamos; en realidad, no podemos existir sin cuerpo; en el cuerpo se manifiesta la persona, y es precisamente en el cuerpo dónde está escrita esa vocación a la que todos hemos sido todos llamados. Es en el cuerpo dónde encontramos la historia de amor de nuestra vida: de dónde venimos y adónde vamos. Desde el primer instante en que empezamos a existir hasta la hora de la muerte existimos en nuestro cuerpo. El cuerpo nos remite a un origen y a un fin.

La negación del verdadero significado del cuerpo es querer vivir como si Dios no existiera o como si no tuviera nada que ver con el hombre, como si pudiésemos ser dioses que manipulamos la obra del Creador.

Juan Pablo II nos dejó el regalo de la Teología del Cuerpo, para devolver al mundo el verdadero significado del cuerpo, en definitiva de la persona y su relación con Dios Creador. La teología del cuerpo expresa, fundamentalmente y ante todo, que el hombre ha sido creado por amor y que está llamado al amor. Esta es la idea básica a la que remite todo cuanto Juan Pablo II expresó en su teología del cuerpo.

¹ T. ANATRELLA: El sexo olvidado. Santander: Sal Terrae, 1994, 62.

El significado del cuerpo

Si hubiera que explicar en breves palabras en qué consiste la teología del cuerpo, podríamos sintetizarlo en tres palabras: *el cuerpo habla*. Evidentemente, no se trata de que emitamos sonidos articulados que constituyen un lenguaje. Se trata más bien de evitar la creencia de que el cuerpo es una estructura neutra, disponible, que sirve a los fines que define autónomamente el sujeto. Este carácter “neutro” del cuerpo es la tesis central de la ideología de género, que construye su propuesta alrededor de la irrelevancia del cuerpo frente a la decisión del sujeto. Así, no habrá cuerpo masculino ni cuerpo femenino; hasta ahora lo “femenino” y lo “masculino” ha sido definido por la sociedad, pero no tiene ninguna base biológica; afirman los partidarios de la ideología de género que ha sido la cultura dominante la que ha atribuido ciertos roles sociales a la categoría “femenino” o “masculino”; pero estos roles han de ser deconstruidos para que cada sujeto decida el “género” que desea tener. De este modo, el cuerpo queda separado de la persona. El cuerpo sería, desde esta perspectiva, un obstáculo a la libertad y a la autorrealización de la persona.

En cambio, afirmar que “el cuerpo *habla*” quiere decir que si estamos atentos a los mensajes que nos lanza, nos ayuda a resolver la pregunta sobre nuestra identidad: quiénes somos y qué sentido tiene nuestra vida. En el cuerpo se expresa una riqueza que va más allá del propio cuerpo, pues remite a una realidad más amplia: la persona.² El cuerpo nos habla de la persona y expresa que la persona no se da la vida a sí misma, sino que es llamada a la vida por otros; expresa también que el hombre (varón y mujer) permanece abierto a la relación con los otros; que esta relación de apertura hacia los otros es señal de que el hombre está hecho para darse o entregarse a los demás, y expresa finalmente que de esa apertura a los demás se sigue, de modo natural, que hombre y mujer

son protagonistas de la llamada a la vida de un nuevo ser. Y estos significados que el cuerpo nos va desvelando se refieren, por un lado, a la relación del hombre con sus padres, con su esposo o esposa, con sus hijos, pero fundamentalmente abren la perspectiva a la relación del hombre con Dios, su Creador, su destino final, y en quien la vida del propio hombre se hace comprensible.

A. Las experiencias originarias

1. La soledad originaria

Apenas es creado el varón, Dios contempla la *soledad* del hombre: “No es bueno que el hombre esté sólo” (Gén 2, 18). A esta soledad la califica Juan Pablo II como *originaria*, y esta soledad alude a tres planos diversos: el hombre está sólo porque se siente distinto a los animales; distinto y superior a ellos: “El hombre es el portavoz de las criaturas y su intérprete ante Dios”³.

En segundo lugar, la soledad originaria alude a una apertura a la relación con los otros. Se trata de una apertura constitutiva o estructural del ser del hombre, que se manifiesta en la falta de sentido que tiene el resto del universo material cuando el hombre no tiene el amor de la persona amada. Esta soledad ha sido cantada desde siempre por poetas, músicos, literatos... En la película *El tigre y la nieve*, de Roberto Benigni, el protagonista busca desesperadamente la curación de su amada, gravemente enferma en Irak, donde apenas hay recursos y sólo una persona puede ayudarle. Si ella muere, nada tendrá sentido para él:

“Al-Giumeili, viejo amigo, hazme la glicerina... Sé que puedes, si no, ella morirá. Si ella muere, pueden cerrar este show que es el mundo, pueden llevárselo, desatornillar las estrellas, enrollar el cielo y ponerlo en un camión, pueden apagar este sol que tanto amo... ¿Sabe por qué lo amo tanto? Porque la amo cuando la ilumina el sol. Pueden llevarse todo, estas columnas, estos palacios, la arena, el viento, las ranas, las sandías

² JUAN PABLO II: Audiencia General (9-I-80).

³ JUAN PABLO II: Audiencia General (12-III-86).

maduras, el granizo, las 7 de la mañana, mayo, junio, julio, la albahaca, las abejas, el mar, las calabazas... Calabazas, Al-Giumeili. ¡Consígame la glicerina!”.

No es el grito de un desesperado –y menos de un cínico– que ignora el valor de las cosas. Al contrario, es el grito de quien las aprecia enormemente, de quien ama el sol, ama las creaciones humanas como las columnas y las cosas más prosaicas como las ranas y las sandías. Pero no adora la materialidad; las cosas están ordenadas hacia bienes superiores. Si ella muere, toda la belleza de los palacios y de las ranas carecerá de sentido para él.

Y la soledad originaria se manifiesta, en tercer lugar, en la apertura y sed que el hombre tiene de su último fin, que es Dios. Nadie lo expresó con tanta perfección como San Agustín: “nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”. Juan Pablo II considerará la soledad originaria como una experiencia fundante, radical, que está en lo íntimo de cada ser; no se trata del resultado de un mal momento en la vida, como cuando uno experimenta una ruptura sentimental o emocional. No, Juan Pablo II se refiere a que en el propio ser del hombre hay una tensión, una búsqueda de una plenitud que *el hombre no puede darse a sí mismo*. Sólo otro y más que nadie, Otro, puede darle esta plenitud. La soledad originaria no es la única experiencia fundante que encontramos en el Génesis.

2. Unidad originaria

Juan Pablo II encontrará en la diferencia varón-mujer un elemento fundamental: “Esta sociedad de hombre y mujer es la expresión primera de la *comunidad de personas*”⁴.

“El hecho de que el ser humano, creado como hombre y mujer, sea imagen de Dios no significa solamente que cada uno de ellos individualmente es semejante a Dios como ser racional y libre; significa además que el hombre y la mujer, creados como ‘unidad de los dos’ en su común humanidad, están llamados a vivir una comunión de amor y, de

este modo, reflejar en el mundo la comunión de amor que se da en Dios, por la que las tres Personas se aman en el íntimo misterio de la única vida divina”⁵.

Esta llamada a una unidad tan estrecha se realiza también en el acto conyugal, a través de la corporalidad que presenta, a su vez, una nueva dimensión constitutiva otorgada por el Creador: la fecundidad (“Sed fecundos y multiplicaos”; Gén 1, 22). La llamada por el Creador a constituir una sola carne es un dato revelado por el Génesis, pero es un dato que se manifiesta con particular fuerza y evidencia en toda cultura y en toda historia humana, que ha atribuido al matrimonio un carácter religioso, festivo y de importancia esencial para la sociedad.

La atracción entre hombre y mujer encierra una promesa de plenitud. Interpretar adecuadamente esta atracción es una labor que corresponde a ambos, como les corresponde encontrar el camino para realizar lo que la promesa de plenitud deja entrever. Precisamente, tal promesa no se cumple a través de la unión sexual por sí misma considerada, ni a través de una unión basada en valores parciales de la persona. La atracción entre hombre y mujer busca consolidar una unión total, que supere la mera atracción de valores parciales, como los valores sensuales del cuerpo y que *implique a toda la persona*. Es la *comunidad de amor* la que se sitúa como camino y meta de la promesa que se esconde en la atracción entre hombre y mujer. Esta comunión de amor, como afirmaba Juan Pablo II en *Mulieris dignitatem*, es también una manifestación de la imagen de Dios en el hombre. De modo que el matrimonio queda investido así de una enorme dignidad, cuando aceptamos que Dios lo ha previsto en su plan amoroso y que además, es imagen de la misma Comunidad de amor trinitaria.

3. Desnudez originaria

Vamos a continuar ahora con el relato del Génesis, tras la llamada a constituirse en una sola carne: “Por eso abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y

⁴ JUAN PABLO II: Audiencia general (23-IV-86).

⁵ JUAN PABLO II: *Mulieris dignitatem*, 7.

serán los dos una sola carne. Los dos estaban desnudos, Adán y su mujer, pero no sentían vergüenza uno de otro” (Gén 2, 24-25). Para Juan Pablo II la desnudez es la tercera de las experiencias originarias. Se refiere con ella, no a una experiencia originaria en sentido cronológico, sino a una experiencia fundante, constitutiva, estructural, podríamos decir; y se manifiesta especialmente a partir de la vergüenza originaria, que es una *experiencia de confín*. “Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo, porque estaba desnudo, y me escondí” (Gén. 3, 9) es la respuesta de Adán ante Yahvéh. El paso de no sentir vergüenza a sentirla indica que se ha traspasado un límite, que se ha producido una ruptura.

¿A qué alude esta vergüenza que los primeros padres no sentían? La situación por la que hombre y mujer no sentían vergüenza se identifica con una *plenitud de conciencia y de experiencia*; una plenitud de conciencia del valor y del significado del propio cuerpo; plenitud de conciencia que alcanza también el valor de la propia interioridad de la persona. En el estado de la inocencia originaria, la situación anterior al pecado, el hombre poseía una plenitud de visión y de comunicación: era una participación en la visión del propio Creador, por la que el hombre entendía, veía y expresaba la comunicación interpersonal entre hombre y mujer, como imagen de Dios.

El elemento que provoca la ruptura en el interior del hombre o el paso traumático entre el estado originario y el hombre de la pecaminosidad es el árbol de la ciencia del bien y del mal. Pero no la provoca por sí mismo: el hombre ha recibido del Creador la libertad de elegir entre la vida y la muerte. La llamada a entregarse a sí mismo, buscando la comunión no puede cumplirse sino es a través de una donación libre. El árbol de la ciencia del bien del mal es el lugar simbólico donde el hombre elige o rechaza el don de Dios.

B. Significado filial del cuerpo

La primera revelación que nos muestra el cuerpo es que procedemos de otro. Nadie se ha dado a sí mismo la vida. El carácter filial del cuerpo, la experiencia de *ser hijo*, es un dato

básico, primario, puesto que aparecemos o entramos en el mundo en el seno de una familia.

Al principio de nuestra vida, experimentamos una dependencia total de otros, de los padres. Y esta consideración, lejos de ser una mera evidencia, es una realidad cargada de significación, llena de valor: “el amor primero del hombre, el que le constituye radicalmente humano *es un amor filial*”⁶. La incondicionalidad propia de este amor, que tiene en el amor de la madre su mejor expresión, tiene mucho que ver con la identidad del ser humano, que debe ser considerada no sólo en el plano psicológico, sino también en el metafísico, para lo cual es imprescindible atender al amor originario, primero⁷.



En un ambiente cultural que eleva la “autonomía” individual a categoría de principio rector de la conducta, subrayar la experiencia del amor filial como un amor primario es sumamente necesario. El hombre no se hace a sí mismo, sino que recibe el ser de otros; necesita un amor que le constituya, y a partir del cual se verá capacitado para ir encontrando significación a la realidad que le rodea. Sin este amor inicial, la misma supervivencia de un recién nacido está amenazada. Esta experiencia del amor filial tiene también un hondo alcance teológico: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4,10). Admitir esta dependencia, humana y divina, lejos de ser una humillación para el hombre poderoso de la técnica y del dominio del mundo, es una clave para encontrar su verdadero sitio, en el cosmos, ante los demás y ante sí mismo.

Esta realidad ineludible puede ser valorada de modo positivo o negativo. Si la autonomía del individuo es el valor absoluto, la dependencia es una situación negativa que debe ser evitada:

⁶ J. J. PÉREZ SOBA:El amor: introducción a un misterio. Madrid: BAC, 2011, 124.

⁷ *Ibid.*, 150.

costrará entonces importancia la disposición sobre la propia vida o incluso la disposición sobre vidas ajenas que ya no cumplan los requisitos o valores de autonomía. La enfermedad, la discapacidad, la vejez son miradas desde esta perspectiva como grandes males. En cambio, otorgar a la filiación un valor positivo empuja a la empatía y a la benevolencia, a cuidar y sostener precisamente a los más débiles. La conciencia de la filiación es imprescindible, tanto según un criterio lógico como metafísico, para poder hablar de fraternidad.

El hombre, atento a los mensajes que recibe de su cuerpo, que le muestra su procedencia de sus padres, ahora, gracias a la revelación, se sabe “creado”. Recibe su ser no sólo de sus padres, sino del mismo Dios. Este dato de la revelación está acorde con la simple constatación de que la formación de un nuevo ser en el seno materno supera y sorprende a los propios padres, que no pueden dar respuesta total a lo que sucede.

C. Significado espousal del cuerpo

La experiencia de la filiación no agota el ser del hombre. Es cierto que le constituye y que es esencial para el descubrimiento de la identidad y de la propia vocación. El amor filial descubre y abre al hombre para un nuevo amor.

Hemos hablado de la vocación de hombre y mujer a vivir en comunión. La comunión es una unión que va más allá de compartir una serie de valores o afectos. La comunión supone precisamente la entrega y donación recíproca del uno al otro y la aceptación de la totalidad del otro como un bien por sí mismo. La voz del verdadero amor es la afirmación de “es un bien que tú existas”, como certeramente lo expresa Josef Pieper. Ahora es preciso introducir aquí un factor clave en toda la antropología de Juan Pablo II. La creación del hombre como varón y mujer lleva consigo la llamada a ser una sola carne. El hombre, varón y mujer, cuando son creados, lo son en medio de un mundo creado también por el mismo Creador. Crear es llamar a la existencia de la nada, y por eso, *la Creación es expresión de un don*.

Entender la creación a través de la hermenéutica del don, supone interpretarla como la gratuidad de la acción de Dios que vio que todo era bueno⁸. Cada criatura lleva en sí ese signo del don originario y fundamental. Cuando aludimos a “signo” se quiere decir que cada criatura remite a algo que está más allá de sí, que indica la presencia de una realidad más profunda. También el hombre, varón y mujer son don para el otro y están llamados a ser una sola carne mediante el don de sí mismos. *La donación de sí y la aceptación de la donación del otro es la base que permite la comunión interpersonal*. El Concilio Vaticano II coloca en lugar central de su antropología esta llamada al don de sí mismo:



“Más aún, el Señor, cuando ruega al Padre

que todos sean uno, como nosotros también somos uno (Jn 17,21-22), abriendo perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Esta semejanza demuestra que el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás” (Gaudium et Spes, n. 24).

A pesar de que la Creación es don, en un primer momento parece que el hombre está “solo” como veíamos antes. Ninguno de los seres de la creación ofrece al hombre las condiciones básicas que hagan posible existir en una relación de recíproco don. A través de la contemplación de la mujer, “¡esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!” (Gén 2, 23), se da un reconocimiento de persona a persona. Es como si dijera: *he aquí un cuerpo que expresa la persona*⁹. Este es el significado del cuerpo: mediante él se expresa que haber sido creado es un don, y que varón y mujer están llamados al don de sí mismos y a la aceptación del don de la otra

⁸ Para este tema es esencial JUAN PABLO II: Audiencia General (2-I-1980).

⁹ JUAN PABLO II: Audiencia General (9-I-1980).

persona. La presencia del don no debe entenderse como la entrega o dación de una cosa, sino como la constitución de una vinculación de amor que marca una existencia¹⁰.

La conciencia del don de la creación y del significado esponsal del cuerpo, llamado a la propia donación nos revela y remite también a la libertad, que hizo acto de presencia en el árbol de la ciencia del bien y del mal. Uno sólo se dona libremente.

D. El significado procreador del cuerpo

“Adán conoció a Eva, su mujer, que concibió y dio a luz a Caín” (Gén 4, 1). Tras el análisis de la desnudez originaria, aborda Juan Pablo II el tema conexo del *conocimiento* y la *generación*. Entramos aquí en un campo enormemente controvertido. En el Génesis se plantea la capacidad que tienen hombre y mujer para transmitir la vida, para dar origen a un nuevo ser. El libro sagrado plantea la fecundidad como una bendición y como un mandato; pero es ante todo una bendición.

Sin embargo, hoy este dato se halla completamente oscurecido. La procreación no es considerada como una bendición en sí misma. Se halla muy extendida hoy, especialmente en el mundo occidental, una concepción de la fecundidad como una amenaza. Hasta tal punto esto es así que los conceptos de salud que se han extendido en el ámbito de las organizaciones internacionales y en la práctica totalidad de las legislaciones de los países occidentales implican que no hay salud sin una eficaz defensa contra la procreación; la salud se equipara en multitud de ocasiones con seguridad frente a la posibilidad de embarazos, de modo que la secuencia lógica entre sexualidad y procreación está enormemente dañada, incluso completamente ausente en programas de salud y en la mentalidad común de amplísimas capas de la población. Cuando Pablo VI consideraba, en la encíclica *Humanae Vitae* que el significado procreativo era un significado

inseparable o intrínseco del acto conyugal encontró unas resistencias insospechadas en el ámbito intraeclesial.

Esta relación entre la unión sexual de varón y mujer y la generación de un nuevo ser, a imagen y semejanza de Dios, es un elemento estructural del don. La apertura a la generación de un nuevo ser no es un error de la naturaleza, como si fuera una falla que hubiera de ser corregida a toda costa. No es tampoco una relación disponible por parte del hombre, como si hombre y mujer fueran dueños absolutos de sus actos y pudieran controlar a su antojo sus consecuencias. Cada vez que se elimina la capacidad fecundadora del acto conyugal de los esposos, lo que queda dañada es la relación propia del don. El rechazo de la paternidad y de la maternidad no es una cuestión secundaria, accesorio, como si el cuerpo fuese un instrumento externo o ajeno al hombre. El rechazo de la paternidad, la eliminación de la posibilidad fecundadora, supone un daño a la comunión entre los esposos, porque supone el rechazo del don.

Pero sería un error considerar por separado la significación procreadora del cuerpo de las anteriores significaciones o dimensiones, pues las tres están entrelazadas. Las tres forman parte del camino del amor al que está llamado el hombre. Veámos que la identidad del hombre nace con la filiación, con el amor incondicional con que es mirado; el cuerpo revela la procedencia del otro; el camino del hombre no concluía aquí, sino que está llamado, mediante la libertad, a la comunión, a la donación amorosa recíproca a otro. Donación que se haya mediada por la diferencia sexual, según la explica Juan Pablo II a través de la experiencia originaria de la unidad. Y es necesario destacar cómo la comunión, la donación recíproca incluye o tiene como parte irrenunciable la dimensión procreativa. La generación no es añadido, un valor accesorio de la comunión; es parte insustituible. Si el hombre constitutivamente está marcado por la apertura (pues la soledad originaria era una triple apertura), la llamada a la vida de un nuevo ser es manifestación de esta apertura, inscrita en su cuerpo y en la diferencia sexual. La separación actual –que dura ya décadas– entre la

¹⁰ PÉREZ SOBA: El amor: introducción a un misterio, cit., 150.

procreación y el amor no ha generado una mayor salud en los matrimonios, ni siquiera en las parejas. Antes al contrario, desde los años 60 del pasado siglo, la relación hombre-mujer ha venido ciñéndose a parámetros de competencia y rivalidad, cuando no de violencia. La reducción del número de hijos en todo Occidente ha venido de la mano de una crisis del matrimonio que pone de manifiesto cómo hombre y mujer han “desaprendido” a mirarse.

E. ¿Es posible la vuelta al significado originario?

Después del pecado, el cuerpo, como sustrato somático y sexual que expresaba la llamada del hombre y de la mujer a la comunión queda marcado. Surge una dinámica ajena que dificulta la auténtica expresión del espíritu y la experiencia del intercambio del don de la persona. Pero esta capacidad originaria de expresar el don no queda eliminada; antes bien sigue configurando el amor que nace del corazón humano. En la película *Princesas* (Fernando León, 2005) se establece un diálogo entre Caye y Zulema, dos prostitutas, en la que una dice:

“Es rara, ¿no? la nostalgia... porque tener nostalgia en sí no es malo, eso es que te han pasado cosas buenas y las echas de menos. Yo por ejemplo no tengo nostalgia de nada, porque nunca me ha pasado nada tan bueno como para echarlo de menos... eso sí que es una putada... ¿Se podrá tener nostalgia de algo que aún no te ha pasado? Porque a mí a veces me pasa. Me pasa que me imagino cómo van a ser las cosas..., los chicos, por ejemplo o con la vida en general...y luego me da pena cuando me acuerdo de lo bonitas que iban a ser. Porque iban a ser preciosas, en serio, preciosas y luego cuando lo pienso me da nostalgia, porque iban a ser tan bonitas... cuando me doy cuenta de que aún no han pasado y a lo mejor no pasan nunca, me pongo supertriste”.

Encontramos aquí la “nostalgia” o aspiración del corazón humano a volver al principio, a constituir esa unidad, esa comunión de ser una sola carne, que la experiencia dolorosa de la vida ha oscurecido pero no ha logrado borrar. Pero el hombre es incapaz de lograr por sí solo esta plenitud que ansía su corazón.

F. El matrimonio cristiano

Mucho de lo que hemos tratado hasta aquí ilumina directamente la realidad del matrimonio. Esta se halla presente desde el momento de la creación del hombre como varón y mujer, llamados a ser una sola carne. La realidad corporal de ambos expresa y significa que están llamados el uno al otro, como hemos visto. Con la exclamación de júbilo del varón al reconocer a la mujer vimos que también así se reconoce mejor a sí mismo. El varón se autocomprende también a partir de la mujer y viceversa. En líneas generales, el recorrido hecho hasta aquí ha venido utilizando consideraciones filosóficas iluminadas por la revelación. Porque a través de la revelación encontramos una luz que ayuda a comprender el matrimonio y le da un fundamento que lo eleva de la simple categoría de contrato e institución –presente en toda cultura, como unidad social y económica imprescindible–al altísimo rango de ser signo o modelo para explicar el amor de Dios por el hombre. Con esta última visión, el matrimonio alcanza una hondura insospechada.

Cristo es la fuente y modelo de las relaciones entre cónyuges. Así lo afirma San Pablo en Ef 5, 21-32. Este texto ha sido fuente de muchos malentendidos, pero una lectura completa y honesta del mismo descarta que de él pueda deducirse una subordinación de la mujer al hombre. La alusión al sometimiento de la mujer al marido no puede separarse del versículo 21, que da la clave interpretativa: “Sed sumisos unos a otros el temor de Cristo”. Este pasaje debe entenderse en la reciprocidad que toma como referencia al Señor. La sumisión es mutua, porque se trata de una donación mutua.

Lo que en la creación estaba ya presente, la vocación a ser una sola carne, que es una vocación al amor sponsal entre hombre y mujer, en Cristo cobra su plenitud, porque la entrega de Cristo a la humanidad es total, plena y fecunda. De la vida, muerte y resurrección de Cristo se genera la vida nueva para el hombre, a través de la efusión de su Espíritu. Y en el sacrificio de Cristo tendrá también su origen la Iglesia, expresión

de la fecundidad del sacrificio redentor de Cristo. Con la Iglesia se genera el cuerpo que derramará sobre los hombres venideros las gracias de la redención.

G. Fecundidad y anticoncepción

Las breves reflexiones precedentes forman parte de la doctrina con la que Juan Pablo II trató de fundamentar la *Humanae Vitae*. Ofrecen un contexto y un marco amplio que permiten contemplar la unión sexual de los esposos en la perspectiva de la comunión, de la donación mutua de los mismos y de su enraizamiento en la providencia amorosa de Dios.

La verdad sobre el acto conyugal es que es un acto ordenado a la comunión de los esposos. El Creador, en su plan amoroso ha destinado ambos a la comunión. Y el acto conyugal, entendiéndolo en la hermenéutica del don, contiene en sí mismo el don de la fecundidad. El rechazo de la fecundidad es el rechazo del don. El rechazo del don imposibilita y dificulta la comunión, puesto que la comunión es también un don. El hombre no puede construir la comunión por sí solo, sino que la recibe como don. Y no puede elegir aceptar parte del don rechazando otra parte. Si lo hace, si rechaza parte del don, se perjudica a sí mismo. La eliminación del carácter o significado procreativo del cuerpo es, por tanto, rechazo del don.

De nuevo comprender la creación, y su persona como un don le lleva a vivir su relación matrimonial a partir del amor originario y primigenio de Dios, que es quien de modo misterioso se manifiesta como el

Dios de la vida. La nueva vida es un don, ni es una amenaza ni un derecho. Pero eliminar de la vida de las personas y de los matrimonios la paternidad de Dios oscurece el propio significado del cuerpo y de la comunión.

Conclusión

La teología del cuerpo tiene el potencial necesario para dar sentido a la vida de las personas y fructificar los matrimonios. Su centro, quizá no explícitamente declarado, pero sí de modo implícito, y sobre todo teniendo en cuenta la totalidad del magisterio de Juan Pablo II, es que el hombre está llamado al amor, por un Amor que le precede y que le invita a una comunión, una comunión de amor. El matrimonio es signo y prueba de esta comunión de amor. Pero además de poder servir la teología del cuerpo como fundamento para la vida de los cónyuges, es un pensamiento suficientemente profundo y fecundo como para servir de base a un discurso cultural, público que permita permear y capilarizar las diversas instancias sociales, revitalizándolas para que estén al servicio de la persona y de la familia.

El desafío al que se enfrenta la humanidad es total, porque amenaza lo más íntimo de la persona y de la familia. En el pensamiento de Juan Pablo II, como decimos, encontramos las bases para responder al desafío y para dar respuesta a la inquietud de cada ser humano, que necesita, por encima de todo, el amor que pueda llenar su vida. ■

AUTORES

Ondina Vélez y Pablo Gutiérrez

Ondina es Licenciada en Medicina y Pablo en Derecho y ambos ex-alumnos del Máster de Pastoral Familiar.

Son matrimonio y padres de familia.